

SIC

TELEFONO 7501 APARTADO 413

CARACAS

REVISTA DE
ORIENTACION CATOLICA

Año 11 - Tomo XI - Nº 101
ENERO - 1948
Caracas — Apdo. 413

La consigna de 1948: Actuar la Doctrina Social Católica

PODEMOS asegurar que la preocupación central del Santo Padre para el año 1948 es la que hemos formulado en el epígrafe: **Actuar la Doctrina Social Católica.**

Pío XII —hombre de oración— gusta de señalar personalmente al Apostolado de la Oración las intenciones mensuales, que pueden considerarse como los objetivos apostólicos del Pontífice para cada período del año.

Entre las intenciones señaladas por el Papa para el año 1948 entresacamos las siguientes:

Actuar la Doctrina Social Católica.

Marzo: Que en la manera de tratar a los obreros en el Japón se sigan las normas cristianas.

Abril: Para que en China se libere el orden social del comunismo ateo.

Julio: Para que las cuestiones sociales se resuelvan en la India según los principios cristianos.

Noviembre: Para que la Iglesia conquiste más ampliamente las masas obreras. Para que se reivindiquen cristianamente en Africa los derechos del obrero.

Se comprende perfectamente esta preocupación pontificia en el angustioso período de la postguerra.

Es la hora de la doctrina social católica. Para comprobarlo basta una mirada a la vida contemporánea del mundo culto occidental.

No consideraremos dentro de él a Rusia, suerte de barbarie mongólica a lo Gengiskan, barnizada de totalitarismo marxista; ni a las naciones que a consecuencia de la guerra han quedado bajo su influjo en un estado de martirio tiránico, del que tan escasa información nos quiere dar el trust israelita de las agencias noticiosas internacionales.

Hablamos de la Europa occidental. Un primer hecho evidente: el Estado capitalista-liberal está en bancarrota o en período de violenta transformación. La lucha se concentra más bien entre la tendencia social-marxista y el movimiento social-católico. Todo espectador desapasionado tendrá que confesar que de la primera a la segunda postguerra mundial la po-



tencia de ambas fuerzas ha cambiado. Hace tres decenios era evidente la superioridad marxista. Hoy la balanza se inclina decididamente a favor de la doctrina social católica. . . Los cristiano-sociales han triunfado fácilmente en Austria, Sur de Alemania, Holanda y Bélgica. Han predominado también en Francia e Italia las fuerzas de Bidault y De Gasperi. Si se considera que el laborismo inglés no es marxista y que los propietarios católicos ingleses, casi todos de origen irlandés, militan en sus filas, tendremos que la tendencia social cristiana domina claramente en el mundo culto occidental europeo, contando dentro de él a las naciones no afectadas por la guerra: Irlanda, España y Portugal.

Y en América. Nadie desconoce el auge del movimiento social-católico en el Canadá. Estados Unidos ha incorporado deliberadamente a su legislación social la doctrina de las encíclicas pontificias. La lucha social de muchas naciones hispanoamericanas parece a la ya superada en Europa hace varios decenios. El comunismo, disfrazado con frecuencia en pomposos nombres nacionalistas, apoyado por dadivosas embajadas soviéticas, realiza una propaganda hábil y peligrosa como quintacolumnismo internacional. El socialismo marxista ha encontrado una forma autóctona, cuyo prototipo es el aprismo peruano, con resonancias en México, Guatemala, Cuba, Venezuela y Colombia. Este movimiento, algo amorfo aún e indefinido se presenta en aparatosa pugna con el comunismo internacional soviético, pero tiene muchos puntos de contacto con él y realiza mientras tanto en la masa obrera una siembra nefasta de sentido materialista de la vida.

Es interesante advertir que en algunas de las más poderosas o más cultas naciones iberoamericanas se hace sentir ya el avance de la doctrina social católica: México, Costa Rica, Colombia, Chile, Argentina y Brasil. Algunas de ellas han llegado a declarar fuera de ley el comunismo.

"El mundo será social-cristiano".

Es la afirmación que en la aurora de la segunda guerra mundial hacía en París un insigne sacerdote, expulsado de su patria por un gobierno totalitario.

La proposición parece excesivamente optimista; y sin embargo creemos que tiene sus bases en la historia de todas las revoluciones.

Vivimos, evidentemente, en el vértice de un torbellino revolucionario. La revolución proletaria de nuestros días tiene muchos puntos de contacto con la revolución liberal burguesa de fines del siglo XVIII. Y como en ella triunfan en los primeros momentos las tendencias extremistas.

Toda revolución tiene un doble aspecto: el constructivo y renovador; y el destructivo, que es protesta contra un estado de cosas existente.

En nuestra revolución proletaria, como en la pasada revolución burguesa, en el primer momento predomina la protesta, lo destructivo, lo extremista: Danton, Robespierre, Marat... Pasado el turbión primerizo de las agitaciones de protesta y destrucción, se cosechan los frutos constructivos de la revolución.

Lo que sucedió con la revolución burguesa, sucederá con la revolución proletaria. Lo extremista es la negación de la propiedad y el ideal de la centralización de todo el capital en manos del Estado. La experiencia de Rusia ha demostrado que la destrucción de la propiedad, destruye el interés de la producción en cada individuo, y que la tiranía del Estado capitalista es mucho más infernal que la tiranía del capitalismo individual. Lo extremista es el concepto materialista de la vida, que arranca del alma del pobre la esperanza de un porvenir de descanso, de justicia y bienaventuranza eterna.

Si se le quitan estos aspectos destructivos al marxismo, tenemos la pura y noble parte constructiva. La organización del proletariado, para

obtener en asociación y con la mutua ayuda un estado social, cultural y económico más elevado.

Pero ese aspecto constructivo de la revolución proletaria coincide perfectamente con la doctrina social católica. Ella aspira a la elevación del nivel del proletario por medio de su educación espiritual, cultural y técnica. Propugna el salario familiar, la participación en los beneficios de la empresa y aspira incluso al contrato de sociedad. Aspira a que el obrero, con su ahorro, su mejor cultura y la fuerza que le imprime la asociación con todos sus colegas de trabajo, se eleve a una vida más holgada y más humana.

Estas reflexiones explicarán por qué mientras en el panorama del mundo culto occidental el marxismo —hace tres decenios triunfante— señala un franco descenso, la doctrina social católica asciende con la augusta dignidad de la verdad.

Así se comprende también, que mientras ella, como la verdad, permanece inalterable, el Estado capitalista liberal en su evolución hacia lo social, y el socialismo marxista, en sus formas más mitigadas, van coincidiendo lentamente con los postulados de la doctrina social de la Iglesia.

¿Es que la Iglesia ha cedido, como han afirmado algunos con incalificable ligereza? Es bien sabido que la Iglesia es hermética e inalterable en sus principios. Es que el liberalismo, avanzando; y el socialismo, cediendo, han venido a parar en el justo medio; pues es la verdad; que la doctrina social católica.

Y ¿Venezuela?

No está de más recordar estas ideas en la Venezuela de la aurora de 1948, cuando en muchos espíritus cunde el desaliento por el estéril esfuerzo de la última campaña electoral.

Venezuela vive también en medio del vértice del apogeo marxista. Ha caído derribado por la revolución de Octubre de 1945 el andamiaje del viejo Estado liberal. Todos los nuevos partidos en pugna: Acción Democrática, Comunismo y Copey pregonan una avanzada preocupación social.

Es necesario reconocer que el último decenio, mientras la Iglesia se ha contentado con una actitud defensiva, el marxismo ha organizado una acción brillante y rápida gran parte de nuestro mundo proletario.

Pero es también igualmente cierto que en la juventud intelectual católica, tanto eclesiástica como secular, ha surgido ya con vigor la preocupación por la doctrina social católica; que contamos ya con hombres que en los libros, en la cátedra, en la propaganda política y en el parlamento defienden con brillantez y contundencia victoriosa los postulados de las Encíclicas de León XIII y Pío XI.

No es hora de llorar la realidad evidente de nuestras masas obreras, ilusionadas con el espejismo marxista. Es la hora de llevar a la realidad de sindicatos, cooperativas, ligas campesinas, cajas de ahorro la doctrina que se predica en discursos, libros y artículos.

La hora es solemne. La batalla se ha iniciado con las organizaciones católico-sociales de varios celosos párrocos de los Andes y Margarita, y con los ensayos interprofesionales y profesionales del Circulo Obrero de Caracas. La victoria definitiva, aunque en el camino hubieran de caer algunos audaces y gloriosos fracasados, ha de ser de la verdad; de la doctrina social católica.

Actuar la doctrina social de la Iglesia debe ser la consigna de los católicos venezolanos en el año 1948.

M. Aguirre Eiorriaga.